

Carrera militar:

PROFESIONALES DE LA GUERRA

Karel Blaha Rodríguez *

Los conflictos forman parte inherente de las personas; y como tal, la guerra constituye una última instancia utilizada como parte de su resolución.



En mis años como oficial de Estado Mayor y como profesor durante muchas horas en diferentes aulas, he tratado de dejar en la mente de mis alumnos simples conceptos aprendidos muchos años atrás, pero que con el tiempo y la poca práctica se han ido desvirtuando y deformando.

Generalmente cuando comienzo con un nuevo curso, les pregunto a mis alumnos ¿Cuál es su profesión?, a lo que no pocos guardan silencio y otros responden vagamente y en forma poco segura que son: marinos, pilotos, artilleros, militares, etc.

Luego de casi cuarenta años en la Armada y después de muchas experiencias vividas, llegué a la conclusión que dediqué toda mi

vida para ser un “Profesional de la Guerra”. Más aun, muchos de mis instructores, profesores y maestros entregaron lo mejor de cada uno por prepararme para eso precisamente. Todas las enseñanzas que recibí, de toda índole, siempre fueron para contribuir a formarme para eso. El Estado, la Armada y muchas otras instancias invirtieron muchos esfuerzos y me entregaron conocimientos y enseñanzas para lograr hacer de mi formación, un camino para transformar a un ciudadano común, pero con vocación, en un profesional útil para la sociedad.

Poco cuesta sumergirse en la cotidianeidad y perder la noción real del verdadero sentido de lo

* Capitán de Navío.

que es nuestra profesión y concluir que lo que el Estado y nuestra sociedad espera de nosotros es simplemente contar con la certeza que habrán hombres y mujeres de esta patria preparados para responder, eficaz y eficientemente, ante alguna situación que amerite accionar en el campo de la solución militar de los conflictos a los que nuestro país pueda verse enfrentado. La diferencia está quizás en sólo un aspecto, que no podemos ni siquiera pensar en optar a obtener un segundo lugar en alguna situación que requiera de nuestro accionar. Nuestra profesión es cero o cien por ciento, no hay intermedios.

Así como nuestro país necesita contar con profesionales de la economía, la ciencia, la educación y tantas otras áreas específicas, también requiere de profesionales capaces de actuar en situaciones de conflicto cuando nuestra patria se encuentre amenazada.

Es entonces cuando resulta absolutamente válido preguntarse si somos realmente los profesionales de la guerra que nuestro país necesita. ¿Estamos preparados para responder a esta demanda en forma efectiva y oportuna?

Para ser profesionales de la guerra necesitamos entender que a lo largo de nuestra carrera militar hemos desempeñado diferentes funciones y responsabilidades de distinta magnitud e importancia. Una primera etapa de formación básica e intermedia en el nivel de la ejecución táctica, como especialistas un desempeño técnico y luego como oficiales de Estado Mayor la participación gradual en funciones de planeamiento y conducción en el nivel operacional y estratégico, para quedar aptos para desempeñar altas funciones de la conducción superior e incluso ampliada al ámbito conjunto.

Comprender este proceso cuesta años, pero sin duda para asumirlo en su total dimensión amerita tener siempre una clara visión de futuro y la meta esperada en el horizonte para navegar a rumbo seguro en pos de su logro.

Me tocó más de una vez en mi carrera escuchar oficiales que planteaban que para qué pensábamos en la guerra si hace más de cien años que no teníamos una y que la posibilidad de tenerla era remota. Otros que se preparaban con gran entusiasmo y responsabilidad



■ Fragata "Lynch" en ejercicio internacional RIMPAC, junio 2012.



■ Ejercicio recepción de helo a bordo.

eran tildados de belicistas u otros apelativos incluso más fuertes. Más de una vez me provocó incertidumbres y vacilaciones, pero con el tiempo llegué a comprender que los primeros eran los equivocados e irresponsables con su profesión. No es pecado pensar permanentemente en la guerra, si ese es justamente nuestro deber. No es pecado prepararse para ganarla si esa es nuestra obligación.

Si los militares no lo hacemos, entonces cabe preguntarse, ¿quién en nuestra patria estará preparado para hacerlo? La principal victoria en la guerra es ganar la paz, pero para eso se debe accionar, por cuanto ésta no llega por disposición divina, sino que generalmente obedece justamente a la demostración de la capacidad y voluntad de enfrentar una guerra, la que evita su ocurrencia.

Cuán profesionales de la guerra somos cada uno de nosotros. Esa es la pregunta que debemos repetirnos a diario para encaminar los esfuerzos y tener la certeza que estamos en la dirección correcta.

Independiente que al nivel político pueda incomodarle esta permanente preocupación y preparación de las FF.AA. para enfrentar una guerra y más aún, enfrentados a la antigua

disyuntiva de “Cañones o Mantequilla”, la tendencia mayoritaria será hacia lo segundo, nosotros como Profesionales de la Guerra y entendiendo que ésta es justamente la responsabilidad que nos asigna el mismo poder político y la sociedad entera, tenemos que seguir día a día pensando, planificando y entrenándonos para actuar en pos del éxito en cualquier guerra o conflicto que nuestro país deba enfrentar.

Pensar y prepararse día a día para cualquier guerra previsible, lejos de ser un pecado, debe ser una premisa y una norma permanente de comportamiento de todos y cada uno de los miembros de las FF.AA.

A modo de ejemplo, cuando planteo a mis alumnos que los guardias de seguridad de los bancos tienen una y solo una gran tarea, que no es más que evitar un robo al banco, entonces es válido pensar que este funcionario debe estar permanentemente pensando en las diferentes alternativas que podrían tener los delincuentes para amenazar su banco y prepararse para impedirlo bajo cualquier circunstancia. Puede darse que nunca ocurra un robo, pero eso lejos de desanimarlo, debe llenarlo de satisfacción al comprobar que su sacrificio y eficiencia logran el resultado esperado. Su trabajo no es ayudar a los ancianos a cobrar sus cheques ni ser más o menos gentil con los clientes, sino que solo estar preparado e impedir un asalto. Esto no sucede cuando perdemos de vista nuestra función principal y por no tener conflictos nos dedicamos a gastar esfuerzos en desarrollar capacidades para roles que no nos competen y la inactividad aparente no significa que los riesgos desaparezcan. Es entonces, cuando pensando exactamente como Profesionales de la Guerra, debemos separar claramente nuestras reales obligaciones y priorizarlas como corresponde y sólo eventualmente ocuparnos de otras funciones anexas, que siendo parte de nuestra capacidad remanente, pueda llevarnos a tomar rumbos diversos y hasta erráticos, dejando de cumplir nuestra única e indelegable misión.

En el nivel táctico, navegar un buque, volar un avión o conducir un tanque u otro vehículo de combate no es el verdadero desafío, sino que sentir permanentemente que estamos “operando” una máquina de guerra con capacidades especiales para enfrentar un combate y obtener su máxima



■ Ejercicio de artillería de la Infantería de Marina.

efectividad para llevarnos a la victoria, debe ser la premisa que nos obligue a prepararnos más y más cada día para llegar a la certeza de obtener su máximo rendimiento y la explotación efectiva de toda su capacidad.

En el plano operacional, la capacidad de integrar estos rendimientos individuales mediante la correcta planificación y conformación de las fuerzas, asegurar su interoperatividad y lograr la sinergia deben ser los propósitos permanentes de un Profesional de la Guerra capaz y consciente de su deber. Es en este nivel donde se requiere desarrollar una mentalidad conjunta y entender que la guerra no la ganará una institución en particular, que no hay mejores ni peores sino que profesionales especializados en diferentes áreas que deben complementarse y que la única meta es lograr juntos la victoria.

A nivel estratégico, pensar en todas las alternativas de ocurrencia de conflicto, emplear adecuadamente los medios disponibles para enfrentar los adversarios que se prevean y

además pensar en las capacidades a desarrollar para satisfacer los escenarios prospectivos que se visualicen, debe ser la conducta esperada de un “Profesional de la Guerra” capacitado para tomar las decisiones correctas y oportunas.

Como conclusión entonces, podemos plantear que pensar en la guerra en forma permanente y en todas sus posibilidades de ocurrencia y complicaciones, no debe ser visto como una alternativa, sino que un deber y una obligación mandatoria para cualquier “Profesional de la Guerra”.

No es un pecado pensar en la guerra, por el contrario es un deber ineludible para cualquier miembro de las FF.AA. por constituir el fundamento de nuestra profesión. El pensar en su ocurrencia y posibles soluciones, no significa que estemos buscando la guerra sino que justamente estaremos contribuyendo a evitarla y pese al temor que pueda causar en algunos ilusos pacifistas, debemos tener la convicción que hasta ellos estarán confiando en nuestro profesionalismo para proveerles la victoria cuando sea necesario o bien brindarles la paz que tanto sueñan, esperan y anhelan.
